

De ayer a hoy

Influencias clásicas en la literatura

**Aurora López, Andrés Pociña,
Maria de Fátima Silva (coords.)**

DOS MITOS GRIEGOS EN UN ESCRITOR NOVEL:
LAS SIRENAS Y LA FUNDACIÓN DE ATENAS, DE ROBERTO SAYAR

PABLO A. CAVALLERO

Universidad de Buenos Aires - UCA - CONICET

Con un pseudónimo, Sayar redactó *Las sirenas*, que recrea un pasaje de la *Odisea*, y *La fundación de Atenas*, que dramatiza los orígenes míticos de la ciudad. Ellas reproducen la estructura de obras griegas. Pero el autor finge ser editor-traductor: antepone un estudio donde presenta la 'tradición' textual, por la que un antiguo códice habría llegado al Plata y quedado oculto hasta su hallazgo fortuito. Añade notas eruditas y bibliografía, de modo que las piezas aparecen como enmarcadas en una moderna edición académica. Pretendemos, pues, dar noticia de ellas y llamar la atención sobre cómo en el siglo XXI y en los extremos del hemisferio sur aún perviven modelos formales y de contenido clásicos.

Con el pseudónimo *Nēkiwā!*¹ el joven cuasi egresado de la carrera de Letras, en la orientación clásicas, de nuestra Universidad de Buenos Aires, Roberto Sayar, ha redactado dos piezas de teatro que motivan esta presentación. Interesado en la literatura comparada, especialmente a causa de tener ancestros japoneses, ha indagado también en la mitología griega a raíz de sus estudios de grado.

Estas dos piezas dramáticas cuentan con una edición reducida, artesanal, hecha por el mismo autor. *Las sirenas*, que data de 2008, recrea el mito más conocido de los dos, es decir, el pasaje del canto XII la *Odisea*, vv. 39-54 y 154-200, en que el héroe protagonista aplica un ingenioso recurso de tapar los oídos a sus marineros y de ser atado al mástil de la nave, para poder oír el canto de esos pájaros sin sufrir su daño². En *La fundación de Atenas*, publicada en 2009, Sayar dramatiza los orígenes míticos de la capital helénica, por los que Posidón y Atenea se disputan la posesión y protección de la ciudad de Cécrope, el rey hombre-serpiente nacido de la tierra, y se incluye el nacimiento de Erictonio, su futuro hederero, nacido de Hefesto y la tierra y cuidado por Atenea³.

Es evidente, pues, que en ambas obras sobreviven mitos clásicos. En el caso de *Las sirenas*, quizás la mayor innovación respecto de la fuente homérica es que Odiseo dialoga con las aves y, tentado, es salvado de la seducción sucesivamente por el corifeo, por Euríloco y por Atenea en persona, mientras que en el canto XII 192 ss. de la *Odisea* el héroe no responde y Perimedes

¹ Significa "Demonio del templo oriental".

² Para un estudio sobre estos seres míticos y su presencia literaria, Cf. Cavallero 1985-6.

³ Cf. Grimal 1997.

y Euríloco refuerzan las aturadas de su jefe. En el caso de *La fundación*, se introduce una asamblea democrática en la que triunfa la opinión femenina y una lucha entre los dioses; también se recrea la fabricación de armas por parte de Hefesto, motivo del canto XVIII de la *Ilíada* y, en vez de relatar que Hefesto persigue a Atenea y derrama semen en su pierna, el cual cae a tierra, donde engendra a Erictonio, dice que el dios-herrero le regala una joya, un corazón de oro y diamantes que, al caer a tierra, la fecunda. Sin embargo de estos detalles míticos y de las variantes elaboradas, la adaptación de los modelos antiguos en estas piezas no se limita al contenido.

También la estructuración de ambas obras se inspira en el teatro griego antiguo. En *Las sirenas* hay un prólogo a cargo de Posidón en diálogo con la Muerte (que puede ser recreación del prólogo de *Alceste* de Eurípides, donde hablan Apolo y *Thánatos*); hay *párodos* o canto de entrada del coro; además, cinco episodios, cuatro *stásima* o cantos corales intermedios, un *kommós* o lamento, de estructura estrófica, y una *éxodos* o retirada del coro. En *La fundación de Atenas*, el texto va precedido por varias *hypothéseis* –es decir, presupuestos para la lectura, comentarios de gramáticos o escoliastas– y, luego, se desarrolla la pieza en sí con prólogo a cargo de Hermes en diálogo con Zeus, *párodos* en semicoros, cinco episodios y cuatro *stásima*, éstos con estructura estrófica, un interludio lírico ‘traducido’ en verso rimado y la consabida *éxodos*. Mientras que en *Las sirenas* el coro es de marineros, en *La fundación*, el coro es de ciudadanos, pero en el estásimo segundo se distinguen dos semicoros, de hombres y de mujeres.

Es importante señalar que el autor se presenta no como tal sino que finge ser el editor-traductor del texto, de modo que en ambas portadas se lee “edición revisada, anotada y traducida por el editor” y, en el caso de *La fundación*, se añade *editio princeps*. Es decir, las piezas no se presentan como recreaciones del siglo XXI, como fueron en su momento las *Antígona* de Jean Anouilh, de Salvador Espriu o de Leopoldo Marechal, o el *Anfitrión 38* de Jean Giraudoux o *La guerra de Troya no tendrá lugar*, del mismo dramaturgo, para mencionar sólo algunos casos; sino que estas obras aparecen como ediciones de textos antiguos que habrían sido rescatados del olvido. De tal modo, el oculto autor antepone a sendas piezas un estudio introductorio. En el primero dice que el autor de *Las sirenas* es un tal Delocleón de Aisa, nacido en el 443 a.C., de cuya familia da detalles, como así también de personas y episodios contemporáneos (Tucídides, Aristófanes, la guerra del Peloponeso, etc.). Delocleón –cuyo nombre no está registrado en diccionarios pero sigue las normas habituales de la onomástica griega y significaría ‘famoso revelador’, o algo así, mientras que el pseudo-*dêmos* de origen es una de las maneras de decir ‘destino’– este Delocleón, decíamos, habría sido, además de dramaturgo, comerciante y poeta elegíaco; se habría ocultado y exiliado por razones políticas; se mencionan también

algunos títulos de obras perdidas. Todo esto surge, según el fingido editor-traductor, de una serie de escolios o comentarios antiguos que acompañan al único manuscrito que transmite la obra. La ficción de este supuesto autor y de este códice se construye en el apartado de la introducción titulado “Tradición textual”, en el que se dice que la hija de Delocleón salvó un manuscrito del incendio provocado por su padre, lo hizo copiar en Macedonia y esta copia llegó a los eruditos alejandrinos; las reproducciones medievales derivadas de ellos habrían llegado a Francia con los caballeros de la V Cruzada pero habrían sido destruidas por san Luis IX, salvo una que, tras pasar por Génova y Lisboa, llegó a Río de Janeiro, pasó a Colonia y quedó en manos del Virrey Cevallos, según dicen escolios latinos. La recuperó Urquiza, quien ordenó arrojarla al agua en una botella. Claro está, la copia se salvó y llegó a las autoridades del partido de Merlo. Tras relatar este fabuloso derrotero, el editor-traductor describe el supuesto códice, llamado *Merlicus*, resume el argumento y enumera y caracteriza a los personajes, señalando que hay también algunos mudos; aclara cómo los papeles pueden estar distribuidos entre solamente cuatro actores.

En la segunda pieza, *La fundación de Atenas*, el falso editor-traductor dice que el autor es pseudo-Delocleón, un antagonista del supuesto autor de *Las sirenas*, llamado en realidad Eutifrón, nombre que sí se registra y que como adjetivo significa ‘de buen sentimiento’ o ‘que piensa correctamente’ (εὐθύφρων). Incluye en la introducción a la obra datos de este señor, de su producción, de la que quedaría esta pieza en una segunda versión, y muchos detalles históricos de fines del s. v y comienzos del iv a.C., además de una reseña del argumento, una caracterización de los personajes y un esquema de los contenidos de la pieza en su estructura interna. En cuanto a la ‘tradición’ del texto, éste habría llegado a la actualidad a partir de una copia constantinopolitana del s. XIII, que habría pasado a España y arribado al Plata en manos de Juan de Ayolas y que sería el códice que Garay sostiene en el famoso cuadro de la fundación de Buenos Aires. Tras pasar por diversos conventos, la copia habría quedado oculta hasta un hallazgo fortuito, nada menos que en oportunidad de la construcción de un subterráneo. Este códice, llamado ‘Catalino’, por haber sido preservado en el convento de las Catalinas, incluye dos obras de Eutifrón y tres de Delocleón, de modo que supuestamente con él se amplía la recuperación de obras extraviadas de estos quiméricos dramaturgos.

Esta ficción del manuscrito viajero no es original y menos aún la de suponer su casual salida a luz. Para remitir a un ejemplo quizás poco conocido, ya en las *Memorias de un repórter de los tiempos de Cristo*⁴ se había recurrido a un proceso similar: Myles Connolly, un periodista estadounidense a quien su jefe encarga una biografía de Jesús escrita como en su tiempo, para lo que se

⁴ Cf. Heredia 1946.

traslada al cercano Oriente, habría hallado ‘traspapelado’ en un monasterio sinaítico un códice escrito en griego por un judío hispano; se trata de una larga novela histórica, no de un drama, en la que un tal Rafael Ben Hered cuenta detalles de la vida de Jesús y sus apóstoles. El periodista hace que unos frailes franciscanos de Jerusalén se lo traduzcan y su jefe lo publica en Boston. Al final de la introducción en que se explica esto, hay una nota a pie de página que dice:

Estas Memorias publicadas en forma de libro son las que ahora damos a conocer. Téngase presente que estas Memorias no son traducción literal del original griego de hace dos mil años, sino una ‘adaptación’ a nuestro medio, costumbres y lenguaje. A nadie debe, pues, extrañar que se usen palabras y locuciones *enteramente modernas*, equivalentes a las que usó el ‘repórter hebreo’ de la época de Tiberio César. Los textos de la [Sagrada] Escritura van con *caracteres especiales* para distinguirlos de la restante narración, obra de Ben Hered⁵.

A esta buena advertencia acompaña un retrato del anciano centenario Ben Hered, debido a un pintor de la escuela pompeyana. En el capítulo 57 del primer libro, el periodista retoma la palabra y dice que se permite unas vacaciones, por las que suspende su tarea de “traducción y adaptación” que ya le lleva dos años; se queja allí del estado de los pergaminos, de la ilegibilidad de letras griegas, hebreas o siríacas. Cuando comenta que su autor era un “hombre de mundo” aprovecha a señalar como cualidad que “estaba dispuesto a no cerrar sus ojos a la verdad”, porque “no era de la escuela de Ben Renanus”⁶, indicación sarcástica contra la biografía de Jesús debida a Renan; también hace comentarios literarios: por ejemplo, que la obra es “el resultado de una investigación que el Rabbí español, sin plan preconcebido, va haciendo (...) Por eso no hay que esperar orden alguno cronológico”⁷. Estos intervalos epistolares aparecen también en la mitad y al final del libro tercero (capítulos 18 y 91). ‘Casualmente’, quien figura como autor de esta obra es Carlos María de Heredia, jesuita mexicano (1872-1951): es posible vincular su apellido con el del supuesto autor Ben Hered, también hispano, como el epílogo se ocupa de aclarar; y, así, la novela llega al lector a partir de un inventado códice griego, que es traducido por un periodista en Jerusalén e impreso en Boston, impresión periódica sobre la que luego se hace esta edición como libro con los respectivos marcos explicativos, estructurados cual un intercambio epistolar entre el periodista y su jefe quien da noticia de la gradual aparición de la obra y de los comentarios positivos que ella genera⁸.

⁵ P. 16.

⁶ Cf. tomo III, p. 222.

⁷ Cf. tomo III, p. 223.

⁸ La edición hecha por la Editorial Difusión añade, además, ‘prólogos’ modernos como el de Federico Gamboa (tomo I, pp. 7-8), el de Joaquín Cardoso (tomo III, pp. 231-234).

Empero, a pesar de la fabulación que hay tanto en este antecedente cuanto en los dramas que nos ocupan ahora, no es inverosímil un descubrimiento fortuito, pues sabemos que muchas piezas literarias se han hallado de ese modo en lugares inesperados⁹ e, incluso, que algunos manuscritos, aunque no tan antiguos, han llegado a América¹⁰. Pero a dicha ficción Roberto Sayar añade la de presentarse él mismo como editor e, implícitamente, como estudioso y traductor de ese texto griego. En el caso de *La fundación* dice de modo explícito:

Luego de un arduo trabajo de recuperación por parte de los eruditos, se pudo al fin tener acceso a él [el códice] para traducir y observar su contenido (p. 16).

Obviamente, “los eruditos” –paralelos a los frailes franciscanos de la novela– no existen sino que son un eslabón más en la ficticia cadena de hechos y personas que intervienen en la llegada de los textos al lector. De ahí que, gracias a que puede “observar” el contenido, en sendas introducciones incluye análisis literarios y filológicos y que remite a bibliografía secundaria; y de ahí que a lo largo del texto y de sus *hypothesis* incorpore, por una parte, acotaciones sobre las partes componentes de las piezas o detalles escenográficos y remisiones a los versos del ‘original’ griego; y, por otra, notas eruditas con diverso tipo de información: *loci* similares de otras obras literarias, explicaciones mitológicas (por ejemplo, quiénes son los ciclopes o las Moiras o detalles de los dioses mencionados), aclaraciones de orden etimológico, filosófico, histórico, geográfico o cultural (como los ritos y festividades de los griegos), comentarios literarios (por ejemplo, sobre la oscuridad de un pasaje o sobre la inclusión de una parodia) o indicaciones codicológico-eclóticas, como señalar una laguna en el texto. Este tipo de estudio y de anotación no están en el antecedente al que nos hemos referido.

De este modo, las piezas teatrales aparecen enmarcadas en una moderna edición académica, fruto de la investigación científica aplicada a un hallazgo arqueológico, tales como las que se hacen habitualmente, tanto respecto de textos ya secularmente conocidos, cuanto de textos que se van descubriendo.

En el caso de *Las sirenas*, se lee al pie de la portada, a modo de subtítulo, la indicación: “Una deliciosa parodia de los estudios de obras clásicas y de los grandes trágicos y cómicos”; y reaparece como “Otra deliciosa parodia” en la portada de *La fundación de Atenas*. Estos comentarios dan una idea de la intención literaria del autor. Un estudioso del mundo helénico compone dos dramas supuestamente traducidos del griego, a los que rodea de una

⁹ Para mencionar un solo caso, a mediados del s. xx apareció el único códice que testimonia el *Dýskolos* de Menandro.

¹⁰ Para dar dos ejemplos, el ms. Wisconsin, de las *Crónicas* del Canciller Ayala, o un códice italiano del s. xviii conservado en Buenos Aires (Cf. Cavallero 1995).

‘parafernalia’ de erudición académica, con la que recrea nuestras labores de investigación y de docencia universitaria, produciendo con mucha habilidad y conocimiento una parodia jocosa, a veces hiperbólica, de este serio oficio, sazonándolo con un poco de diversión, haciéndoles guiños cómplices a los estudiosos de hoy.

Pretendemos, pues, en el espacio reducido de esta ponencia, dar noticia de estas obras y llamar la atención sobre cómo en el siglo XXI y en los extremos del hemisferio sur aún perviven modelos formales y de contenido clásicos trasvasados a productos originales.

BIBLIOGRAFÍA

- Cavallero, P. (1985-6), “Las sirenas de la antigüedad grecolatina y el motivo de las sirenas en la literatura hispano-argentina”, *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires* XIX-XX, 152-173.
- (1995): “De Roma a Buenos Aires: un manuscrito latino fechado en 1709”, *Anales de filología clásica* XIII, 40-51.
- Grimal, P. (1997): *Diccionario de mitología griega y romana*, Buenos Aires, Paidós (orig. francés, 1951).
- Heredia, C. M. de (1946), *Memorias de un repórter de los tiempos de Cristo*, Buenos Aires, Difusión.
- Nëkiwá! (2008), *‘Las sirenas’ de Delocleón*, edición revisada, anotada y traducida por el editor, Buenos Aires, Éditions de l’Â!
- (2009), *‘Fundación de Atenas’, de Eutifrón (pseudo-Delocleón)*, editio princeps revisada, anotada y traducida por el editor, Buenos Aires, Éditions de l’Â!.